

INTRODUCCIÓN

¿Qué son «*Las Maravillas de la Naturaleza*»?

—Son todos aquellos fenómenos que suceden en el universo y que la ciencia humana no le encuentra explicación, porque para que sucedan es necesaria una sabiduría y un poder infinitamente superiores a los del hombre actual.

La Naturaleza, ¿tiene poder e inteligencia?

—En absoluto.

Pues si las «*maravillas*» que vamos a estudiar en este librito es imposible que puedan hacerse sin mucha *sabiduría e inteligencia*, ¿quién es el que las ordena?

—La respuesta no puede ser más clara y convincente: DIOS.

Y ¿no se pueden hacer ellas solas?

—Eso es lo que dicen los ignorantes que no creen en Dios, pero esa afirmación es la cosa más absurda y necia que se puede decir: ¡Lo que no son capaces de hacer entre todos los

científicos del mundo en sus laboratorios, decir que se hacen solas sin alguien que las dirija!

Los hombres del mundo han conseguido ya unos niveles de sabiduría que estamos asombrados de lo que han sido capaces de hacer. ¿Quién hubiera creído en el siglo XIX que a mediados del siglo XX podríamos ver el fútbol en América desde nuestras casas de Europa, y que algunos hombres conseguirían pasearse por la Luna? Nadie lo hubiera creído y habrían dicho que estaba loco el que se atreviera a decirlo. Sin embargo, la ciencia del siglo XX ha conseguido todo eso y mucho más; pero otras cosas que parecen tan sencillas como es la construcción de una simple flor, y que los ignorantes dicen que se hacen solas, la ciencia no es capaz de construirlas.

No se necesita mucha ciencia para hacer una flor de plástico, tan bien hecha que parezca real, ¡pero no podremos conseguir jamás que una flor hecha por manos de hombres produzca frutos y dé semillas! ¡Eso que parece tan sencillo a los que dicen que se hacen solas, no lo conseguiremos jamás!

¿Y no sería posible que las cosas tengan alguna inteligencia aunque no lo demuestren?

—Eso no se lo cree ni el más tonto. ¿Quién sería capaz de ponerse delante de un toro y torearlo si supiera que aquel toro se iba a dar cuenta de sus trucos porque era inteligente? Nadie; pero el torero se pone delante del toro y se burla de él porque está seguro que el toro no tiene más que un simple instinto que le obligará a portarse como todos los demás.

Si un hombre sospechara que los árboles y las plantas tenían inteligencia, ¿cómo se atrevería a maltratarlas y dormir tranquilo a la sombra de ellas?

No; las plantas y los animales hacen «maravillas» que nos llenarán de asombro leyendo las páginas de este libro; pero no tienen inteligencia, sino un simple instinto, o unas leyes de vida, que ordena y dirige Aquél que lo sabe y lo puede todo, y que, aunque lo nieguen los ateos, es y se llama DIOS.

LA BIBLIA

¿Qué es la Biblia?

—La Biblia es el libro más importante del mundo, porque es el Libro de Dios.

Y ¿por qué es el Libro de Dios?

—Porque aunque los que lo escribieron fueron hombres, fue inspirado por Dios, y por eso su verdadero autor es Dios.

¿Qué dijo Jesucristo al hablar de la Biblia?

—Que no podía fallar (Jn, 10.35).

Y ¿qué nos dice la Biblia hablando de las maravillas de la Naturaleza?

—Que por ellas podemos y debemos encontrar a Dios. Así en Los Hechos, 17, 27, se nos dice: *«Dios quiere que los hombres le busquen a través de las criaturas, rastreando y como palpando hasta hallarle».*

El Libro de la Sabiduría, capítulo 13, versículos del 1 al 9, nos dice: «Vana es toda la ciencia de los hombres que no conocen a Dios, y que por los bienes visibles no logran conocer al que existe, ni considerando sus obras llegan a conocer al Artífice de ellas, sino que se figuran que el fuego, el viento o las constelaciones de los astros, o la gran mole de las aguas, o el sol o la luna, etc., son los dioses gobernadores del mundo. Y encantados de la belleza de tales cosas, las imaginaron como dioses, en vez de comprender que si esas cosas son bellas, mucho más hermoso será el Creador y dueño de ellas, que es el Creador de toda belleza. Y si se maravillaron del poder y energía de estas cosas, deberían haber deducido cuánto más poderoso es el Creador que las formó. Pues por la grandeza y hermosura de las criaturas, es contemplado analógicamente su Creador... Porque si los hombres con su ciencia y saber llegaron a entender tantas cosas de la Naturaleza, ¿cómo es que no encontraron más fácilmente al Señor y Creador de la misma?».

En la Epístola a los Romanos, 1, 18-20, se nos dice: «En el Evangelio se indica también la ira con que Dios castigará la impiedad e injusticia de los hombres que tienen aprisionada injustamente la verdad. Puesto que ellos (aunque lo nieguen), han podido conocer claramente lo que se puede conocer de Dios.

En efecto: las perfecciones invisibles de Dios, como es su eterno poder y su divinidad, después de la creación del mundo, han quedado visibles por el conocimiento que de ellas nos dan las criaturas».

En otro lugar del Antiguo Testamento nos dice Dios: «Los Cielos pregonan la gloria del Señor, y el firmamento proclama la obra de sus manos...

«Alzad hacia lo alto vuestros ojos y considerad: ¿Quién creó todos esos astros? ¿Quién hace marchar ordenadamente todo ese ejército de estrellas y las llama a cada una por su nombre sin que se nieguen a quedarse atrás? ¿Tal es la grandeza; tal es el poder; tal la fortaleza y la virtud de su Creador!» Salmo 19.2 - Isaías 40.26.

Es cierto que a Dios no le podemos ver; pero vemos sus huellas inconfundibles que no pueden ser de ningún otro. Vemos hechas muchas cosas que sabemos que nadie más las ha podido hacer sino alguno que tenga un poder y una sabiduría sin límites: la sabiduría y el poder que solamente corresponden a Dios.

El gran filósofo Balmes solía decir: «En mi bolsillo llevo la prueba de la existencia de Dios», y enseñaba su reloj. Porque así como sería un absurdo decir que un reloj se ha hecho solo, aún es más tonto y absurdo afirmar que un árbol o un animal se hicieron ellos solos.

Dice San Pablo: «Toda casa es construida y fabricada por el hombre; pero el Creador del universo es Dios».

La única conclusión razonable de todo lo que llevamos dicho, es la que nos da la Biblia: «Solamente los insensatos pueden decir en su corazón que no existe Dios». Salmo 14.1.

Leamos el libro con atención y comprenderemos que ese maravilloso instinto de los animales; todas esas cosas que hacen sin ellos entenderlo, son dirigidas y hechas con la intervención de Dios.

Dijo Jesucristo: «Hasta los cabellos de vuestra cabeza están contados y no se caerá uno solo sin la voluntad de Dios. Ni si-

quiera se pueden mover con el viento las hojas de los árboles sin la voluntad de Dios».

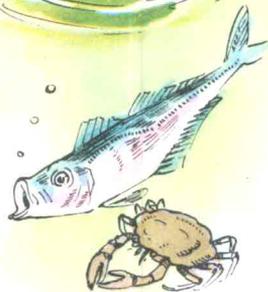
Por eso afirmaba San Pablo: *«Dios es quien hace todas las cosas en todos».*

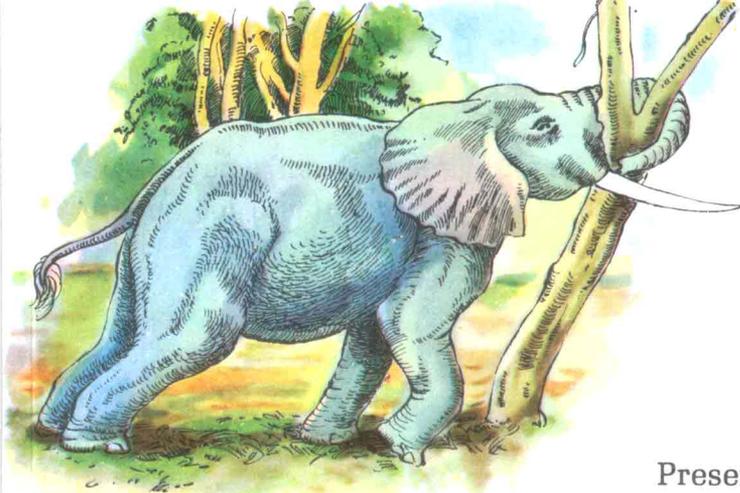
Queridos niños: si leéis este librito con atención y sabéis razonar con lógica, comprenderéis lo tontos que son todos los que dicen que no hay Dios. Se necesita ser muy tonto o estar muy ciego para no comprender que todas esas maravillas de la Naturaleza solamente las puede hacer Dios.

Invitados inquilinos

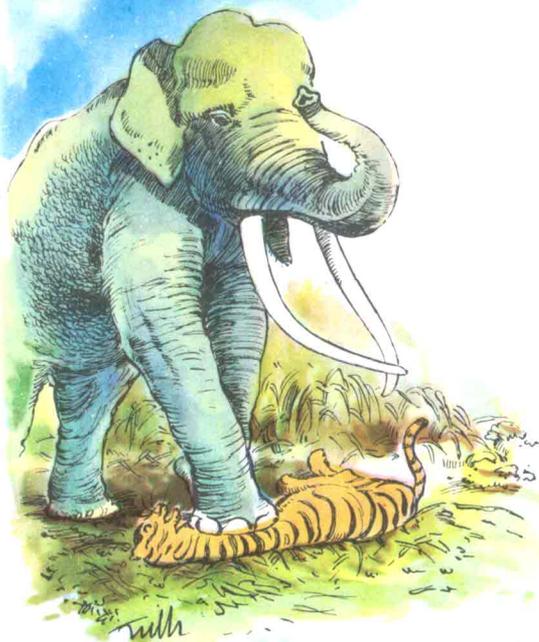
La asociación entre los hombres es frecuente, pues muchas actividades humanas requieren ayuda, como lo es el tener invitados a la mesa. Quien tiene sobrante de vivienda, la realquila o arrienda. Las desavenencias en todos estos casos menudean, por falta de tolerancia o paciencia.

Es curioso que los irracionales tengan que enseñarnos el arte de convivir. Hay fieras y animales inferiores que respetan sus alianzas, protegen a los débiles y comparten con ellos la existencia. He aquí algunos ejemplos del POR QUÉ de tales alianzas y CÓMO y CUÁNDO se desarrollan, sin riñas ni pleitos.

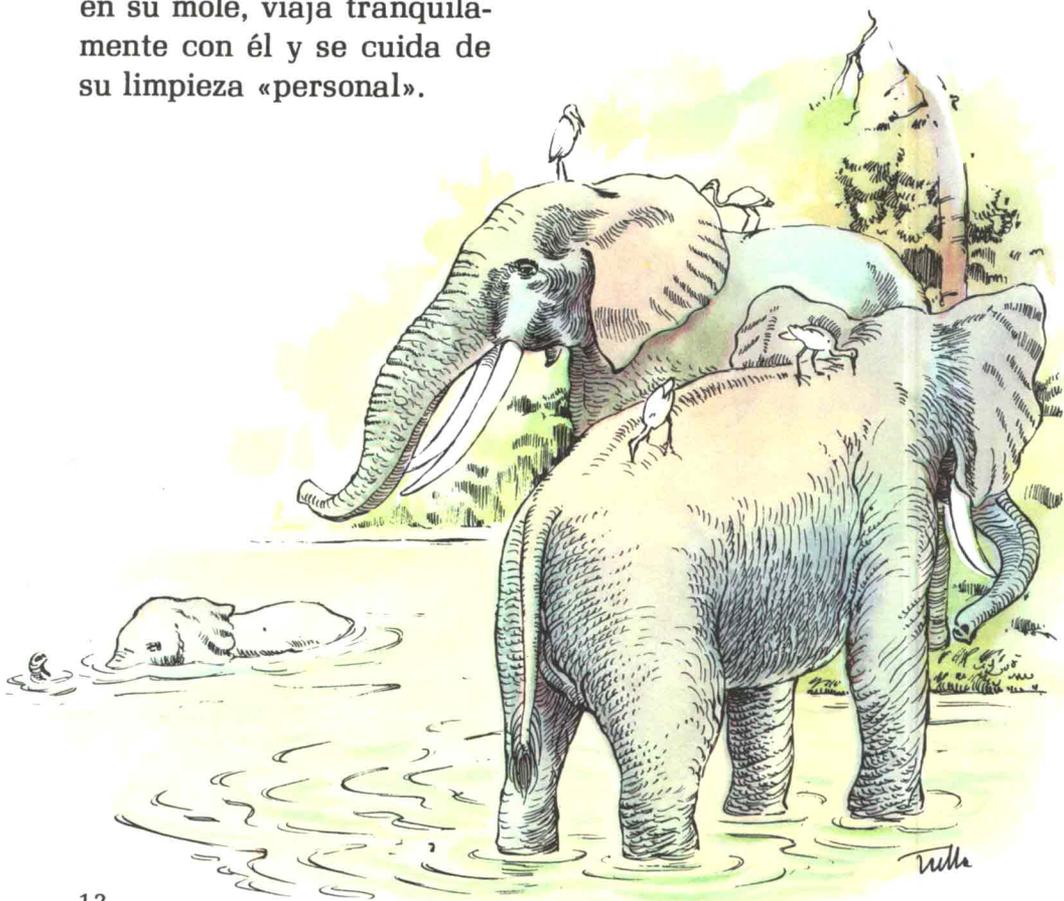




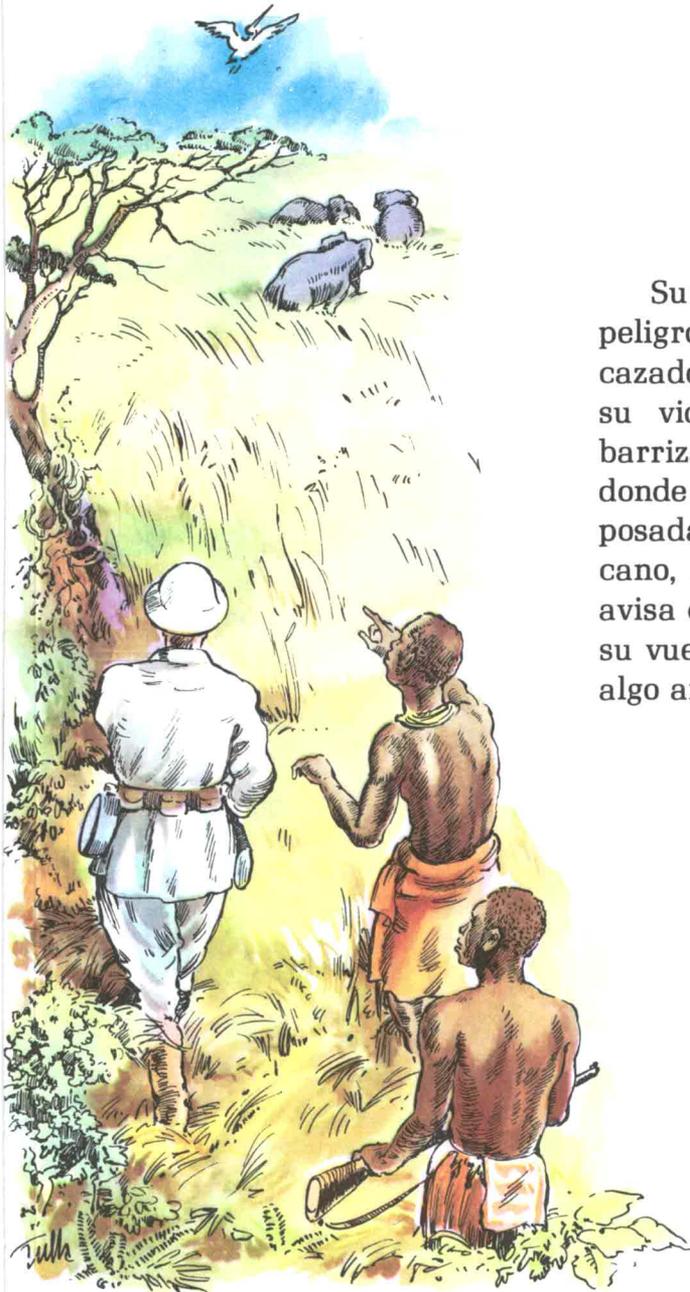
Presentamos al actual rey de la naturaleza, al poderoso elefante, un gran paquete de músculos con largos colmillos de marfil con los que desgaja corpulentos árboles, que descalabra al tigre de un trompazo y convierte en papilla a sus enemigos con los pilones de sus patas delanteras.



Su corpachón está revestido de arrugada piel, entre cuyos pliegues anidan infinidad de parásitos y garrapatas a los que no puede expulsar. Desde remotos tiempos trabó amistad con esta linda y esbelta garceta, que, posada en su mole, viaja tranquilamente con él y se cuida de su limpieza «personal».

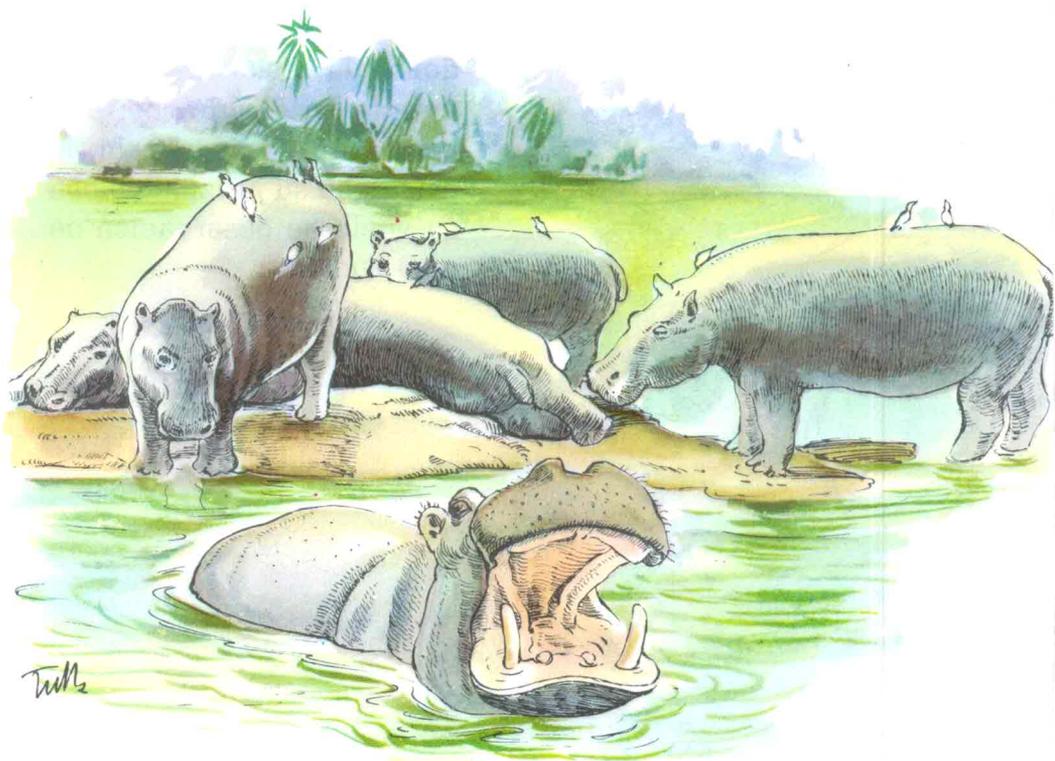


Villa

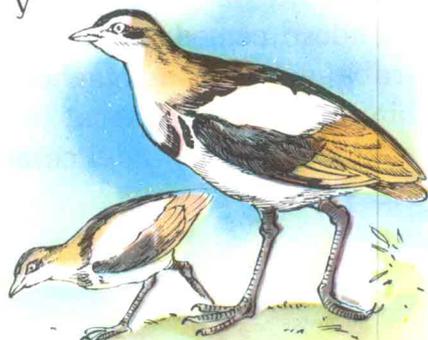


Su presencia hoy es un peligro que lo delata a los cazadores. En cambio, como su vida transcurre entre barrizales y altas hierbas donde la visión es escasa, posada en algún árbol cercano, caña o eminencia, le avisa con su graznido o con su vuelo de observación de algo anormal.

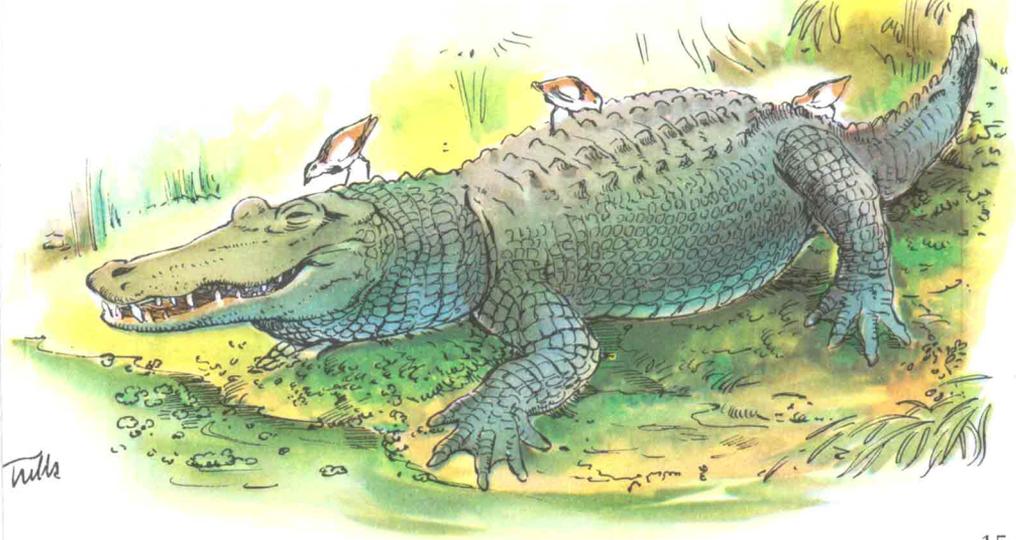
El hipopótamo, a pesar de lavarse la casi totalidad del día, no puede evitar los parásitos de que están infestadas las tibias aguas africanas. Para no ser menos que sus voluminosos amigos, invitó a este pájaro de la familia de los abejarucos, que es su «guarda y limpiaespaldas» a la hora del baño de sol.



Otro macizo y verrugoso individuo y con pocas facilidades para rascarse es el cocodrilo, muy aficionado a dormir la siesta después de un abundante y succulento festín. Aceptó la sociedad con este simpático pájaro que, aparte de actuar de «despertador» en caso de peligro, constituye su «instituto de belleza», haciéndole la manicura y limpieza de la piel.

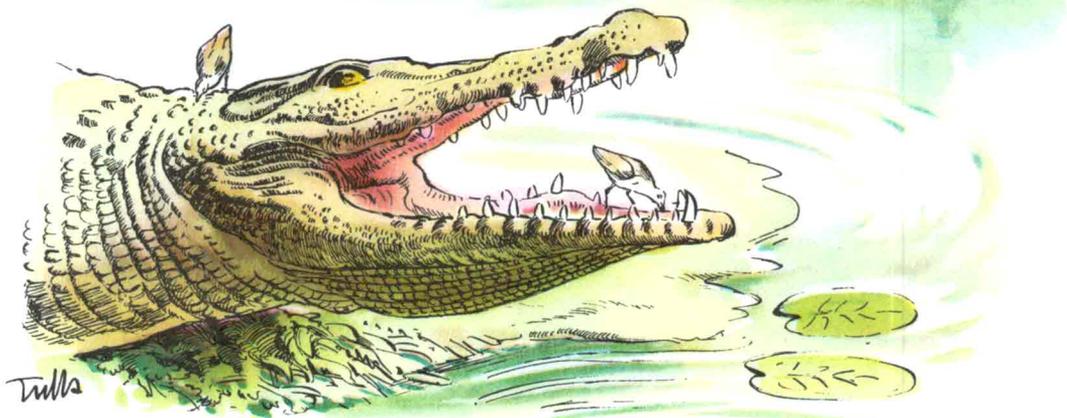


Charadrius africanus



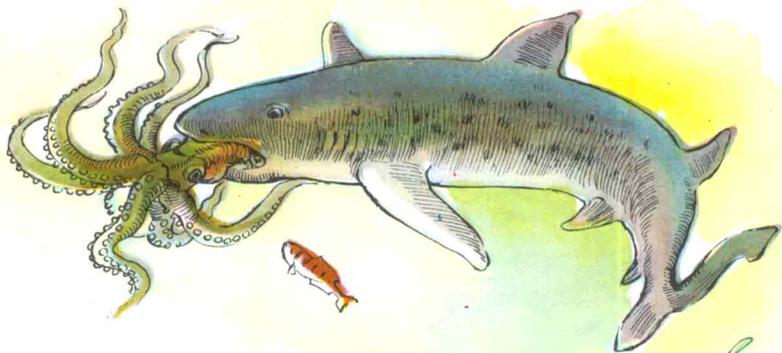
Tuller

Por el mismo precio y puesto que su dentadura es muy complicada, con infinidad de recovecos e intersticios, y todavía no aprendió a usar mondadientes, actúa de dentista, a pesar de constituir un buen bocado, situándose cómodamente para su trabajo. Así los malgaches o habitantes de Madagascar lo denominan el «dentista del caimán».



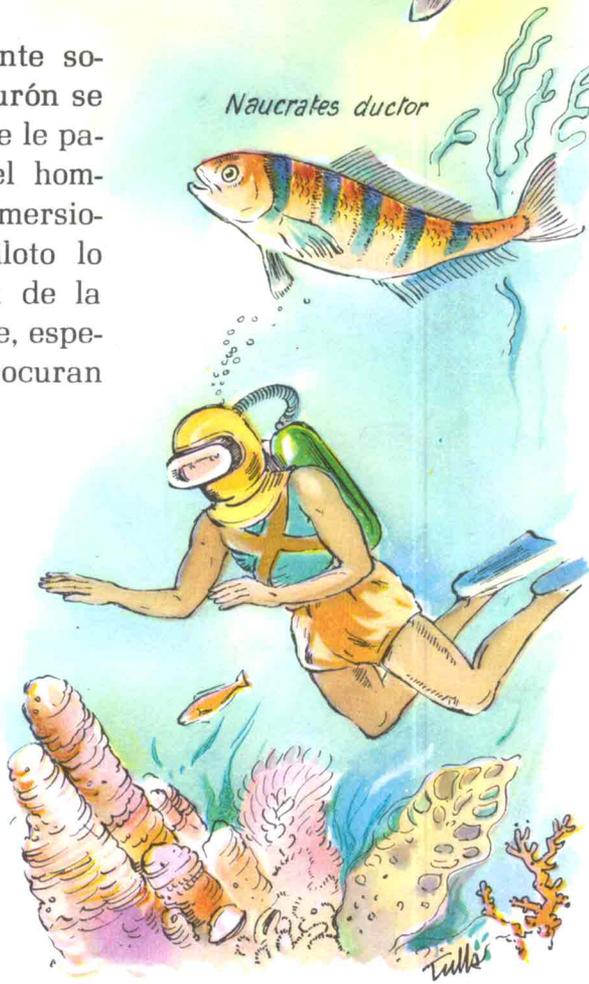


De la tierra pasamos al mar. Aquí uno de los más temidos habitantes por su voracidad y fiereza es el tiburón, del que existen diversas especies, pero si todos poseen un excelente olfato (a pesar del agua), en cambio su visión es defectuosa, pues tienen los ojos muy apartados y puestos en la parte superior. Descubrir la comida siendo tan glotón, le es indispensable. Fue, pues, para él un gran hallazgo el pez piloto.



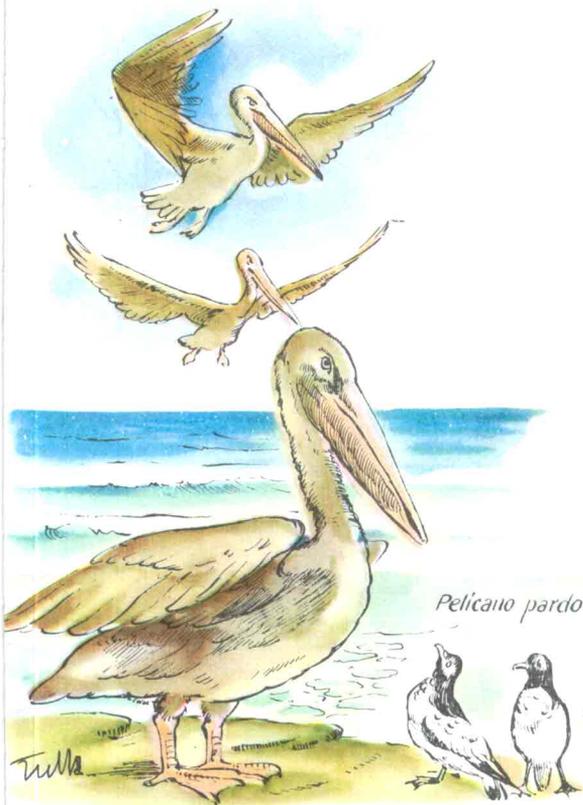
Ágil, rápido y sumamente sociable, pues a falta del tiburón se juntaría a cualquier otro que le pareciese poderoso, incluso el hombre, como se ha visto en inmersiones submarinas, el pez piloto lo acompaña precede y avisa de la existencia de algo comestible, especialmente pulpos, que ya procuran esconderse lo más posible bajo las rocas. Su amigo le cede las migajas.

Naucrates ductor





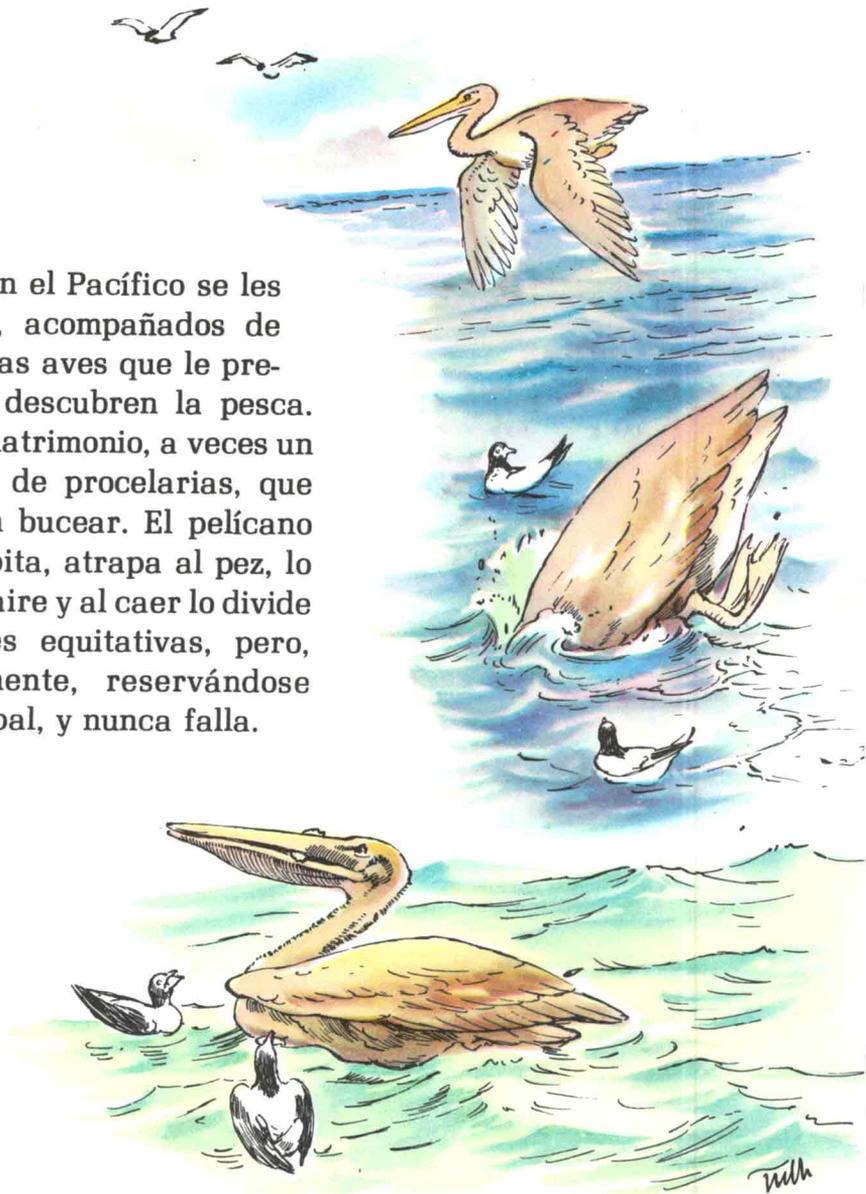
Este ceremonioso sujeto es el pelicano gris, pardo o marítimo. En aguas dulces poco profundas el pelicano blanco se reúne en bandadas, y, con una especie de rebuzno (por esto se les llama onocrótalos), asusta a los peces impeliéndolos hacia la playa. Pero en el mar los peces tienen salida por todas partes.

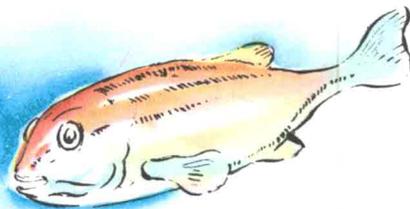
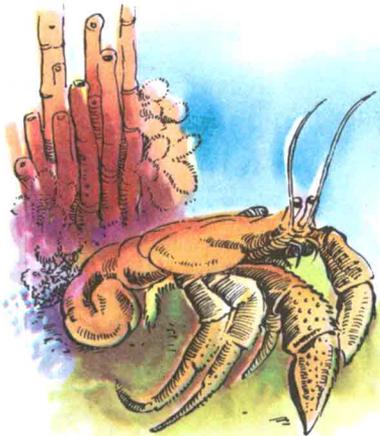


Pelicano pardo

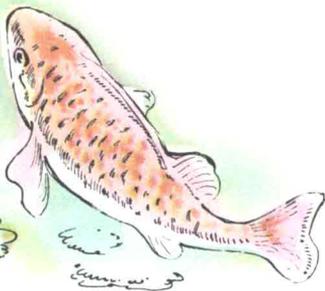
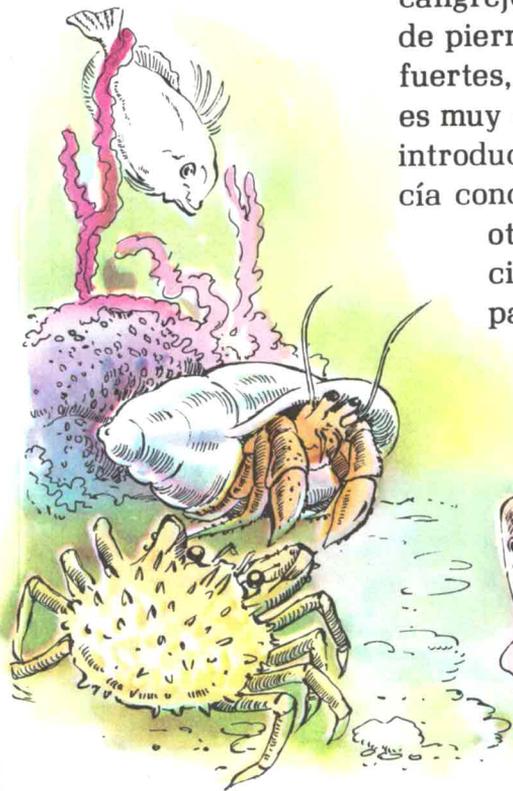
Procelaria

Así en el Pacífico se les ve solos, acompañados de dos ligeras aves que le preceden y descubren la pesca. Son un matrimonio, a veces un solterón, de procelarias, que no saben bucear. El pelícano se precipita, atrapa al pez, lo lanza al aire y al caer lo divide en partes equitativas, pero, naturalmente, reservándose la principal, y nunca falla.





Bajando al fondo o en los litorales vemos a Bernardo el Ermitaño, un cangrejo de blando corpachón, e incluso de piernas y pinzas peludas, pero poco fuertes, sumamente sabroso, por lo que es muy «solicitado». Para protegerse se introduce como inquilino en alguna vacía concha de caracol, que cambia por otra mayor a medida que va creciendo, cediendo el piso sin traspaso.



Así y todo corre peligro, por lo cual se coloca sobre el caparazón una actinia, la que, por expeler por sus tentáculos un jugo urticante, es decir, picante, que incluso mata a los peces, lo protege cumplidamente. La actinia puede de esta manera viajar y comer mejor, lo mismo que un gusano que vive realquilado en la misma concha, sin que nadie se exceda o moleste.

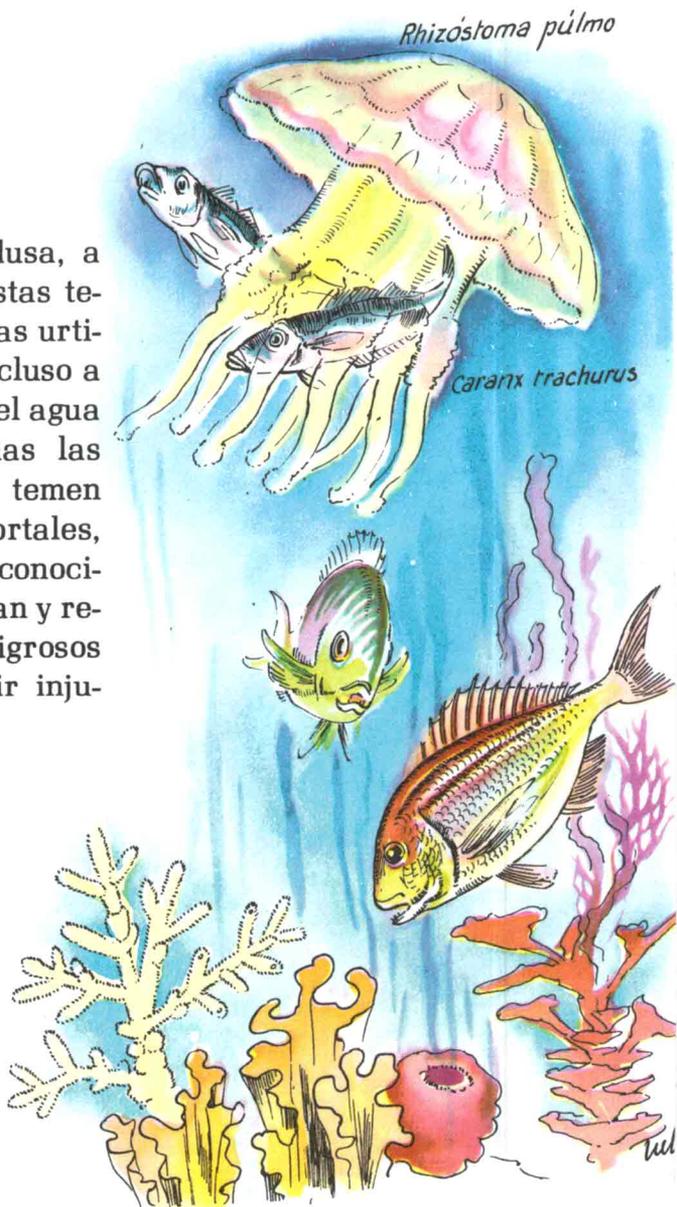


Éste es un caso de inquilinismo difícil de explicar, porque tiene lugar en sitio escondido, en el interior de un cohombro de mar u holoturia. Es el del pez *Fierasfer*, sumamente delicado, casi transparente, que se aloja en el cuerpo de aquéllos sin que les produzca síntoma alguno de incomodidad o agravio.



Fierasfer Cuv.

Ahora es la medusa, a quien todos los bañistas temen por sus descargas urticantes, que llegan incluso a convertir en picante el agua que las rodea. Todas las criaturas del mar la temen por sus descargas mortales, y, sin embargo, los conocidos jureles se amparan y refugian entre sus peligrosos tentáculos sin recibir injuria alguna.





Tratándose de inquilinos no puede faltar el que ocupa un piso a la fuerza ante el asombro del propietario. La hembra del cucullo deposita sus huevos en nido ajeno. Cuando la propietaria está ausente, saca un huevo y pone el suyo, algo mayor. Al nacer el polluelo, su gran tamaño obliga a los otros vecinitos a desalojar el local, lo que veréis por los dibujos.

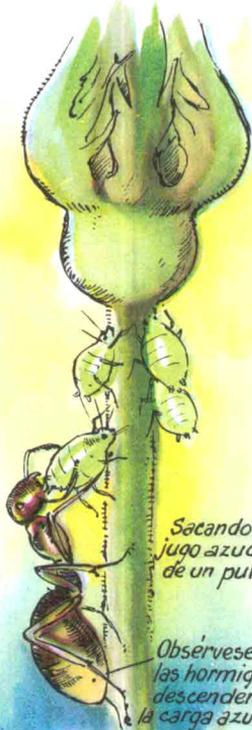
La madre cree la cosa natural y va cuidando de su retoño, aunque cada vez más asombrada de tener un hijo tan desarrollado. La pobre se cansa de buscar insectos hasta que es apto para volar. ¿Quién sabe si en sus adentros adivina la trampa, pero su instinto materno prevalece y cuida de aquel niño prodigio por no saber abandonarlo a su suerte?



Tratándose de cosas de organización no podía faltar la república de las ordenadas hormigas. Un hormiguero es una especie de rascacielos con muchos pisos y variados inquilinos, uno de ellos los pulgones. Al llegar los fríos los conducen a un departamento, los cuidan durante el invierno y vuelven a subirlos durante la primavera a los brotes tiernos de las plantas.



Para cobrarse el alquiler y la manutención en invierno, los convierten en sus «vacas lecheras», sólo que en vez de leche obtienen un jugo azucarado que los pulgones expelen, obtenido de la savia de las plantas, al comprimirlos con las antenas y patas anteriores. Lo mismo sucede con un áfido que se encuentra en piso aparte del hormiguero y unos pequeños coleópteros de empleo hasta hoy desconocido.

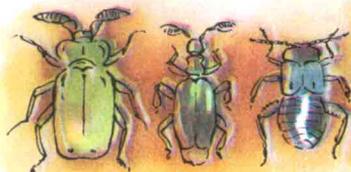


Sacando el jugo azucarado de un pulgón

Obsérvese en las hormigas descendentes la carga azucarada



Transportando un áfido a un fruto de "kaki"



Pleurópterus brevicornus

Paussus hova

Lomechusa strumosa



Platyarthrus Hofmanseggii

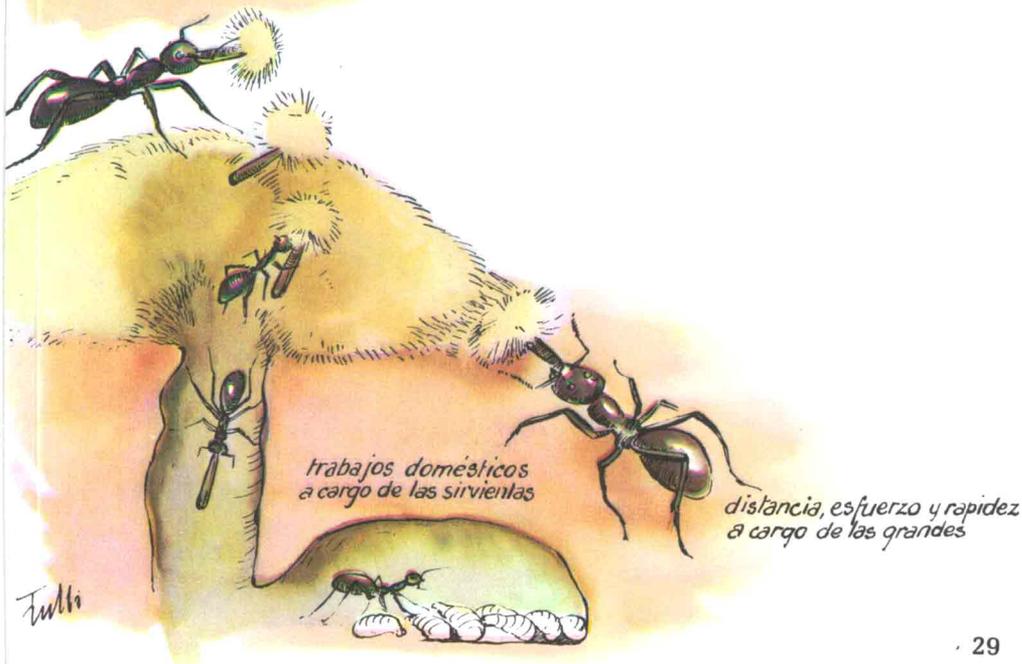
*Dirigiéndose al nido con
los capullos robados*



*Instruyendo a las
sirvientas esclavas*



Como el trabajo es grande, el servicio doméstico se amplía con la caza de esclavos, hormigas más pequeñas de las que se llevan capullos y adiestran a los individuos al nacer. En primavera y bajo los plátanos veréis montículos de semillas. Observad a las dueñas acarreado las semillas en forma de parasol y cómo al llegar al orificio otras más pequeñas se ocupan en trasladarlas a la despensa.



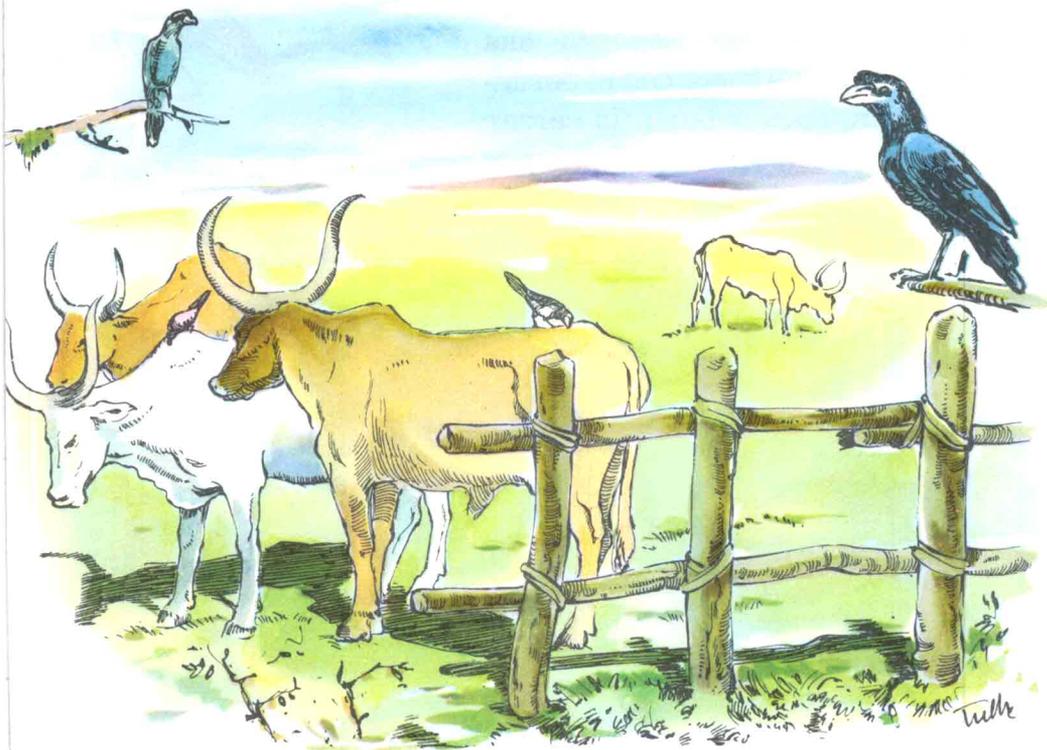
*trabajos domésticos
a cargo de las sirvientas*

*distancia, esfuerzo y rapidez
a cargo de las grandes*

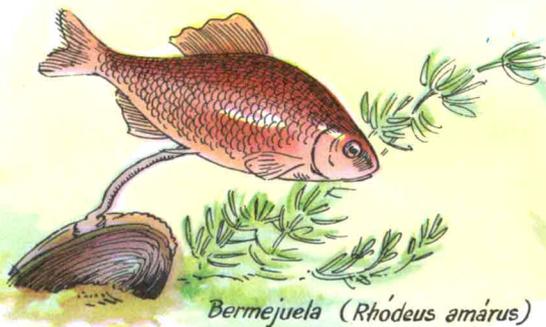
Otra vez en el mar. Aquí un cangrejo invita a dos actinias a pasear con él. Tiene que atravesar una región peligrosa y aquéllas sirven de espantapeces, papel que aceptan a cambio de poder cambiar de barrio. Otro pequeño cangrejo se refugia, huyendo de sus perseguidores, dentro de la valva de un molusco que se cerraría violentamente ante cualquier otra intromisión que no fuera la de su amigo.



En las regiones de África y América frecuentadas por el ganado vacuno se observan numerosos pájaros menores que el cuervo de pico ganchudo y fuerte. Son los garrapateros que los bovinos aceptan gustosamente por limpiarles de infinitos ácaros y parásitos tan abundantes y prolíferos en los trópicos.

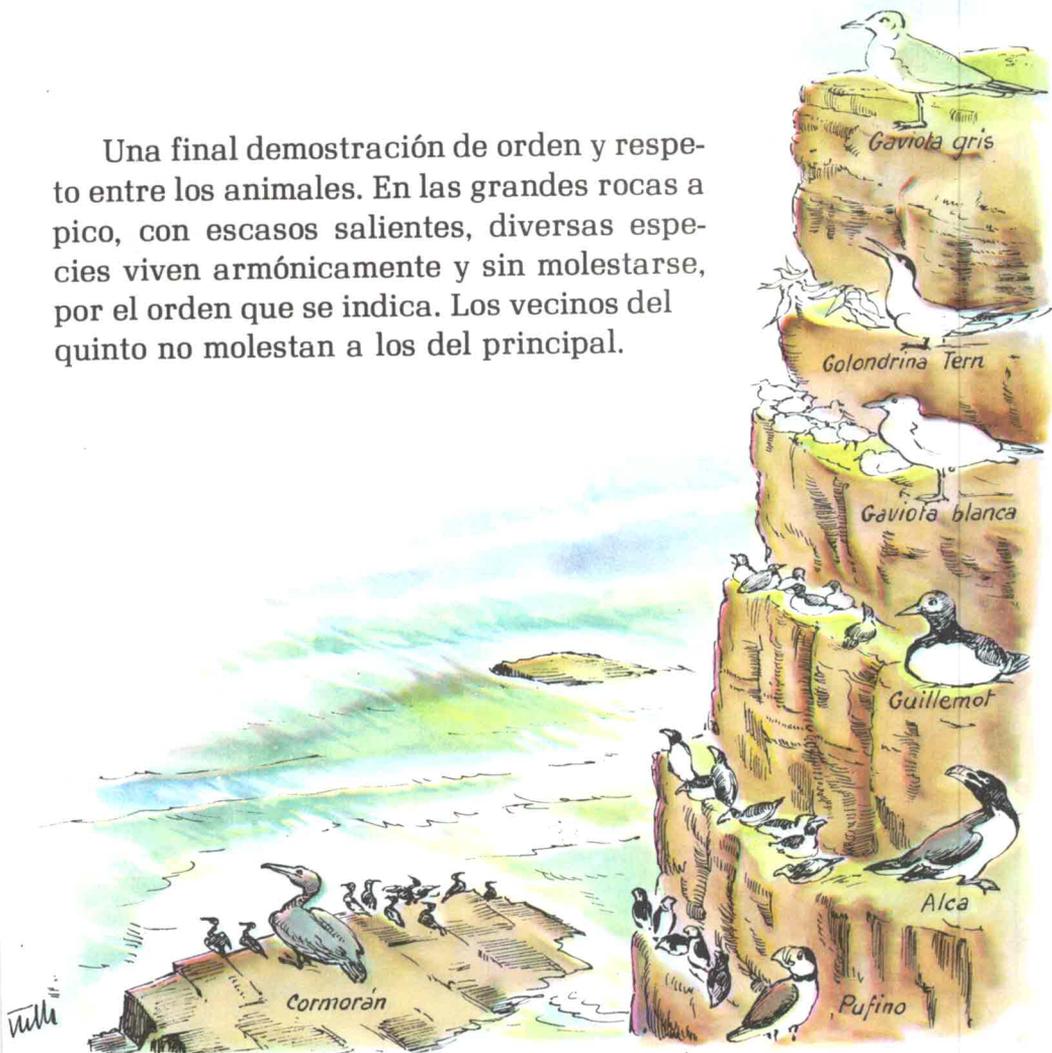


Este viajero que lo hace gratis y con permiso de vehículo es la rémora que aprovecha para desplazarse de la velocidad de los grandes escualos, adhiriéndose a su cuerpo mediante una ventosa, y la bermejuela de río, que deposita sus huevos en una almeja con el permiso de ésta, pues le bastaría cerrar la puerta para retener al pez por medio de su oviducto.



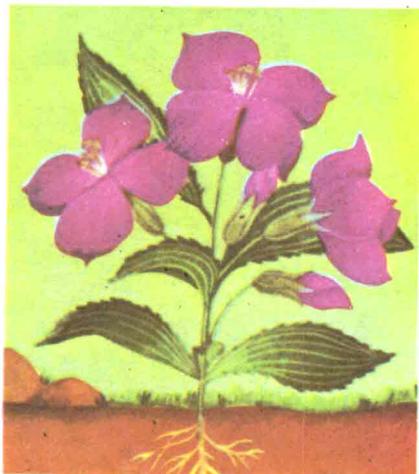
Bermejuela (*Rhodeus amarus*)

Una final demostración de orden y respeto entre los animales. En las grandes rocas a pico, con escasos salientes, diversas especies viven armónicamente y sin molestarse, por el orden que se indica. Los vecinos del quinto no molestan a los del principal.



EL GRAN MILAGRO DE LA NATURALEZA

Algunos dicen: «Yo, para creer en Dios, tendría que ver un milagro».



—Pero, ¿es que no los ves todos los días?

He aquí unos dibujos que nos presentan al vivo uno de los muchos milagros que podemos presenciar siempre que queramos.

Aquí vemos cuatro dibujos donde se nos representa la vida de una planta. En el primero la vemos brotar de una semilla de donde sale un tallo buscando el aire y el sol, y las raíces que se clavan en la tierra para buscar con qué alimentarse.

En el segundo cuadro ya lo vemos con tres lindas flores, las cuales pronto se convierten en semillas que deliberadamente tira en el suelo.

Esto que vemos en nuestros campos suceder todos los años, está ocurriendo en el mundo desde que Dios puso sobre la tierra la primera flor y le ordenó lo que tendría que hacer.

Así nos lo cuenta la Biblia:

«Dijo Dios: Produzca la tierra hierba verde que dé semillas según su especie, y árboles que produzcan frutos con sus semillas...».

Vayamos al campo un día de primavera y lo hallaremos cubierto de hermosas flores.

Si no existe Dios, ¿quién las puso allí?

Los más grandes científicos no son capaces de hacer una flor que produzca semillas; ni siquiera son capaces de construir una hierba que crezca unos milímetros. ¿Pues quién es el que ha hecho lo que no son capaces de hacer los más grandes sabios del mundo?

¿Dices que las flores se hacen solas?

¿O que nacen por casualidad?



La casualidad

La «casualidad» en realidad no existe, sino que todo es «providencial»; pero humanamente hablando decimos que algo sucede por casualidad, cuando no hay causa ni motivo para que así suceda y tiene la misma probabilidad de suceder de muchas otras maneras.

Quizá pudiéramos encontrar por casualidad entre las arenas de un río o en la playa, una piedra redonda que tuviese la forma exacta de un huevo o de un bollo de pan ; pero aun esto que parece tan fácil, quizá nos llevara meses o incluso años buscando sin encontrar ninguna cuyo parecido nos dejara satisfechos. Pues si una cosa que es tan fácil que se haga por el roce y la corriente de las aguas, es tan difícil de encontrar, ¿cómo decís que las flores se hacen por casualidad sin que nunca se equivoquen y siempre acierten a nacer con toda perfección?

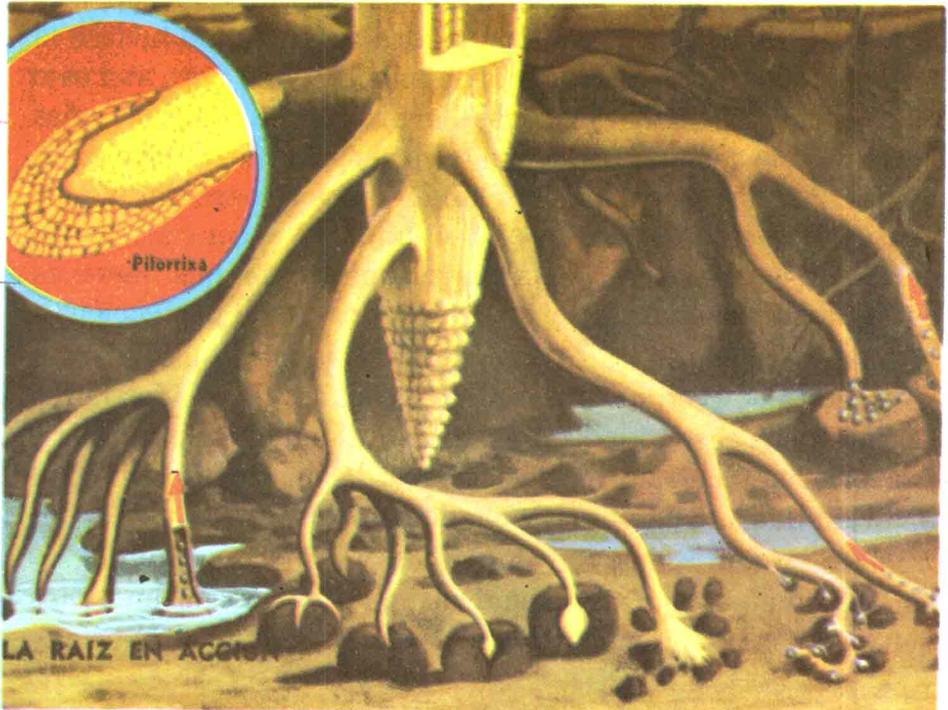
Si alguien nos dijera: «He sembrado amapolas y me han salido azucenas», ¿verdad que no le creeríamos? Pues si las flores nacieran por casualidad sin que hubiera una mano poderosa y una gran inteligencia que las guiara, la misma probabilidad tendrían de salir una cosa como de salir otra.

Pero no tengáis miedo; aunque los vegetales no ven, ni saben, ni entienden, jamás se equivocan, porque obedecen a Dios que les dijo: «Cada cual produzca semillas según su especie».

LA RAIZ

La planta, desde que comienza a germinar una semilla, debe desarrollar sus diversos órganos (tallo, hojas, flores y frutos) y efectuar las variadas funciones de nutrición, respiración, transpiración y florecimiento. En una palabra, debe vivir, y para ello tiene que extraer las sustancias nutritivas del medio en que vive, tal como están obligados a hacerlo todos los seres vivos.

El ambiente en que viven la mayor parte de las plantas es la tierra y el aire. De la tierra, la planta absorbe el agua y las sustancias minerales disueltas en ella, por medio de la raíz, órgano que para ello actúa introducido en el subsuelo.



¿De qué se alimentan las plantas?

Todo ser vivo, vegetal o animal, está en último análisis formado o construido por átomos de carbono, hidrógeno, oxígeno, nitrógeno, hierro, potasio, cloro, fósforo, sodio, azufre, silicio... algunos en cantidades pequeñísimas.

En este aspecto todos los seres vivos, plantas y animales, incluso el hombre, son idénticos.

Así como con los mismos ladrillos se puede construir una tapia o un puente, una choza o una catedral, pues todo depende de la idea a que los someta el constructor; de la misma manera, con los mismos átomos, Dios construye la diferente gama de especies de animales y vegetales que pueblan el ancho mundo.

Los átomos son como ladrillos, muy pequeños, cierto, pero que tiene cada uno su volumen y su peso determinado propio y fuerzas gigantescas específicas.

Son también de por sí inertes, capaces de servir para las cosas más diversas, según se quiera utilizarlos.

La vida con ellos, sirviéndose de ellos realiza su obra, y su obra son los 2.000.000 de especies de plantas diferentes, y los 2.000.000 de especies de animales, dentro de unos pocos —el mamífero, el ave, el gusano— pero tan prodigiosamente concebidos que admiten las más caprichosas e inimaginables variantes.

No pretendemos penetrar ahora más allá en las intimidades de los seres vivos. Con este análisis superficial de orden químico nos es suficiente. De momento nos contentamos con saber que toda la infinita variedad de especies que de modo tan deslumbrante realizan los esquemas o ideas que ya conocemos,

están contruidos con los mismos idénticos ladrillos microscópicos.

Los mismos átomos sirven —repitámoslo— para hacer lo que se quiera con ellos, y las condiciones externas son cosas ajenas a su construcción y sus propiedades.

Ahora bien: ¿Por qué aquí los átomos han construido unas palomas, y allí un conejo, y más allá un zorro, y en otro lugar una lagartija?

—Es que alguien que conoce los átomos de un modo total y exhaustivo, y tiene sobre ellos un dominio no menos total, tenía además la capacidad de inventar —digámoslo de un modo vulgar— la idea del conejo y de las palomas, y del zorro o del pájaro mosca, y ha querido que haya cosas tan bellas repartidas por todo el universo. Nada más que por eso.

